

CAPITULO XVII
La incógnita del porvenir



CAPÍTULO XVII

LA INCÓGNITA DEL PORVENIR

El mundo ha recobrado la paz, pero los nervios de la humanidad siguen en pie de guerra. Es una paz insegura y rencorosa; una paz preocupada y triste, con millares de seres hambrientos, con pueblos enteros cuyo destino se mantiene en angustiosa suspensión o sobre los que van a pesar cargas insoportables, y, en algunos casos, tiránicas dominaciones sin término previsible. Paz cuarteada por los celos de los vencedores y ensombrecida por muchas faltas de piedad y generosidad cometidas. Existen, es cierto, nobles esfuerzos, auténticos y valiosos, para hacerla verdadera y estable. Mas mientras ello no se consigue ¿cómo entretener las esperanzas de los hombres? Estos dos años han sido -llamémosles a tono con la Europa oficial, no se si la Historia los llamará de otro modo- los años de la represión o la justicia. Alemania es, oficialmente, la única culpable, la nación criminal a cuya cuenta quedan adeudados todos los desastres, las destrucciones y las miserias. Sólo ella ha combatido y causado destrucciones, sólo sus hombres han cometido actos de crueldad inhumana. Pese a mis antiguas simpatías por los alemanes -me interesa repetir otra vez en este libro que los quiero, que admiro su cultura, su trabajo, su método ("virtud de emperadores"), su disciplina y su intrepidez- no seré yo quien disculpe a los autores de las persecuciones en masa, ni a los creadores de los campos de concentración y los hornos de gas para miles de víctimas. Esto será siempre un estigma que ha de nublar las muchas glorias y noblezas de la acción alemana en una guerra cruda y sin cuartel. Pero sus destrucciones, sus persecuciones, sus campos de castigo y sus crueldades no han sido únicas. La conciencia del mundo no pudo apartar en los días de Nuremberg la sombra del escándalo y la repugnancia al ver que algunos de los acusadores y de los jueces representaban a un gobierno cuyos hombres eran sin duda reos de grandes delitos contra la humanidad. Repudiamos los campos de concentración alemanes y las monstruosidades allí cometidas. Esas cosas no se hacen con publicidad, y la sorpresa ha sido para nosotros más grande y más dolorosa que para nadie. Pero repudiamos también los otros campos de concentración, lo ocurrido en Katyn o en la sublevación de Varsovia, todas las crueldades desplegadas en la guerra y las que alguna nación sigue practicando en la posguerra. ¿Por qué sólo han de delinquir los derrotados? ¿Es que la vida y el honor de los hombres dependerán ya sólo en el futuro del azar de la victoria o la derrota? ¿Regresará la humanidad a esa moral bárbara? Es seguro que la Historia nunca considerará infamante la soga enroscada por el verdugo en los cuellos de soldados y políticos vencidos que sirvieron a su patria. Si la guerra hubiera tenido distinto desenlace, si derrotada Inglaterra Mr. Churchill hubiera sido ahorcado en la Torre de Londres por haber luchado esforzadamente en defensa del Imperio británico, se hubiera cometido un inmenso crimen que a nosotros -créanlo o no lo crean los vencedores- nos hubiera parecido, como a ellos, un caso de degradación de la especie.

Mas ahora prescindamos de todo eso y atengámonos sólo a los hechos: los hombres de Alemania han sido sentenciados y ejecutados. Alemania ha sido considerada la inmensa y única culpable. Ya está deshecha, reducido a cenizas su sueño político, caída en el polvo y la miseria la ambición de un gran pueblo, convertida en mendicante desesperación su voluntad de poder. Aquella gran columna de Europa cuarteada en la guerra yace hoy derribada y deshecha en mil pedazos. Alemania amenazaba, según la versión oficial, con la más intolerable tiranía y la libertad ha triunfado. La mejor

respuesta sobre este triunfo de la libertad podrían darla los polacos, los yugoslavos, los rumanos, los búlgaros, los húngaros, los finlandeses, los letones, los lituanos, los estonios... Mirando al porvenir sería más serio y más exacto afirmar que Alemania amenazaba con una nueva hegemonía y que -en una reacción natural- otra hegemonía vieja le ha cerrado el paso. Aunque ahora, desgraciadamente, está por ver si esa hegemonía vieja va a ser la verdadera vencedora como, ante el sordo duelo entablado, sinceramente desea nuestra conciencia de europeos. Frente a ella y, por el momento, frente a Europa, otros poderes se levantan en el horizonte. Y cuando esto ocurre, cuando Asia -como hace de quinientos en quinientos años, en frase *orteguiana*- "adelanta una pinza formidable sobre Europa con ánimo de estrangularla", ahí está Europa deshuesada, por obra de los mismos europeos. Y Mr. Churchill, el gran luchador, el antagonista primero, el protagonista luego de la guerra europea, puede pronunciar sus amargas palabras: "Esta puede ser llamada la guerra inútil." "La situación parece aún más turbia que al comienzo de 1939." "Cruel ironía histórica que ha hecho acabar en Londres -en el destierro- el gobierno por el cual entramos en la guerra", ha escrito Fabre-Luce¹.

Así, es evidente que la paz no ha traído todavía un orden seguro, y los hombres tenemos derecho a pensar que estamos lejos de la fase final de la gran revolución de nuestros días, y a preguntar ¿cómo va a ser este nuevo mundo por el que se ha combatido? Entiéndase bien que ahora ya no estamos en el orden del ideológico sino en el terreno práctico de la política real, del juego de poderes, de la mecánica del orden que hemos de esperar. La profecía es difícil; lo único cierto y sabido es el papel casi decisivo que juega Rusia en nuestra preocupación. Porque un hecho cierto y extraordinariamente importante se ha producido: Que la Unión Soviética es un gran imperio *eurásico* que sin solución de continuidad territorial se extiende desde el Océano Pacífico hasta Austria, en el corazón de Europa. Lo que significa la recreación del imperio *genghiskanida* en su hora cenital, con ventaja en favor de Rusia pues si bien su dominación en China no es absoluta y directa, dispone en cambio de toda la Alta Asia ya unificada que es su centro de vida y energía (el motor para la evolución asiática), controla, con presencia militar, el norte de Corea y también -por cesión que, irreflexivo, Roosevelt² impuso a Chang-Kai-Chek- los puertos de Dairen y Port-Arthur, cuya posesión es decisiva para la guerra. Además la cobertura de Sakalin, ampliada con la mitad japonesa de Karafuto y más al norte por las Kuriles que también Roosevelt le cedió en acto amistoso. La Mongolia Exterior forma parte integrante -como Estado- de la Unión Soviética. Controla asimismo el Turquestán chino y por si todo esto no bastara dispone de un gobierno en el propio Norte de China, el gobierno de Yenán, en desacuerdo con el de Chang-Kai-Chek y en oposición a éste: un gobierno homogéneo, popular, a diferencia del de Chang-Kai-Chek que es una pura oligarquía familiar, absorbente y plutocrática, manejada por una mujer y que el oportunismo de Roosevelt apoyó pese a su desconfianza y antipatía por el sedicente régimen nacionalista³.

¹ "Au nom des silencieux", pág.67

² Los libros de Elliot Roosevelt y Bullitt nos lo han revelado.

³ Mao-Tsé-Tung es el jefe de ese gobierno de Yenán. Es un comunista de origen y tendencia nacionalista. Al intentar liberar China del dominio extranjero tropezó con la oposición de los Bancos -extranjeros o dependientes del extranjero- y llegó a establecer la identidad (no del todo desafortunada) de capitalismo y potencia extranjera. Así evolucionó al comunismo y fue nombrado presidente del Comité revolucionario de Campesinos. Chang-Kai-Chek lo proscribió poniendo precio a su cabeza. El se unió a todos los comunistas perseguidos y organizó con ellos en el Yenán (junto a la frontera mongólica) una república roja independiente con un ejército hoy de un millón de hombres. Es aliado de Rusia pero -al menos en apariencia- celoso de su independencia propia. Esencialmente es enemigo de los anglosajones. Ahora



Tres aspectos del proceso seguido en Nuremberg contra los ex-dirigentes nazis.

Además, el dominio sobre el Manchukuo pasará en el futuro, ineluctablemente, a la Unión Soviética, cuyo poderío no tiene contrapartida posible y eficaz después de la derrota del Japón, que era la única fuerza capaz de limitar por el Lejano Oriente la expansión rusa. En otros pueblos asiáticos guerrillas y guerras que parecen pequeñas acabarán a la postre con los otros casos de dominación europea que todavía perduran allí, lo que hará más fuerte y coherente este colosal imperio *eurásico* (Indochina, Indonesia, etc.). No parece aventurado decir que en buena parte el porvenir de Europa depende del sesgo que tomen los acontecimientos que se desarrollan en la parte de Asia que domina o controla la Unión Soviética.

Y en otras partes ¿qué ocurre? No se vislumbra por ningún lado acontecimiento que pueda fortalecer el dominio británico en la India⁴; y si es cierto que, por el momento, el Afganistán (puerta de entrada de las amarillas invasiones ural-altaicas de toda la historia) no se encuentra amenazado por su frontera con Rusia, la intriga y la ofensiva soviéticas actúan ya y están minando las coberturas inglesas del Irán y del Irak y preparan la de Turquía a pretexto de los famosos estrechos. Y en Europa la extensión del dominio ruso es considerable: se ha incorporado las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania; Besarabia y Bucovina; parte de Polonia y de Alemania; y de modo indirecto -con su constelación de gobiernos satélites- domina incontestablemente en Yugoslavia, Bulgaria, Rumania y Albania. Controla también Checoslovaquia y Hungría y la zona alemana que ocupa⁵. Las "quintas columnas" soviéticas en Grecia, en Italia... redondean su poder. Después de los adelantos de las armas, y de los medios ofensivos inventados en la última guerra, se puede ya afirmar que el gran imperio soviético linda con el Canal de la Mancha, y ello aunque admitiéramos que... en Bélgica, Holanda y Francia no existan partidos comunistas.

Toda la actividad de Stalin se dirige a reconstruir y ampliar el imperio ruso, siguiendo en su expansión la dirección que la Historia le ha señalado. Todos los intentos alemanes de expansión -aun los más justos- fueron sistemáticamente cortados por Inglaterra que hoy, víctima de su maniobra diplomática, encuentra a Rusia en todos los caminos y fronteras de su Imperio. De golpe el mundo se encuentra frente a esta realidad que sobrecoge. Mas con ser grandes la astucia y la energía del dictador rojo no se ha llegado a ella sólo por su propio esfuerzo. Ahora es moda decir que ¡Stalin se ha puesto en marcha hacia la conquista del mundo! Hoy es éste el clamor de los más destacados políticos ingleses y americanos y que ha servido al Embajador Bullitt⁶ para tocar a

Chang-Kai-Chek ha obtenido frente a su enemigo éxitos militares de importancia, cuyo alcance hacia el futuro yo no tengo elementos para juzgar ni medir.

⁴ Escrito este libro se ha publicado la importante decisión del gobierno de S.M.Británica sobre la India.

⁵ La expansión de los zares hacia el Pacífico y el Índico tenía por objeto -según la declaración de su política exterior- lograr "un puerto de aguas templadas". Así llegaron a Vladivostok y arrancaron a China Port-Arthur que luego perdieron en la guerra con el Japón. Ahora lo han recuperado por la cesión graciosa que Roosevelt les hiciera juntamente con el gran puerto de Dairen, el mejor, más amplio y estratégico del Lejano Oriente. Pero la Unión Soviética es insaciable en relación con el postulado tradicional del Imperio "por un puerto de aguas templadas" y no bastándole Odessa en el Mar Negro se ha anexionado al gran puerto de Koenisberg (¡año de 1946!) Y ha planteado, además, el problema del control de los Dardanelos en querrela con Turquía y más propiamente con Gran Bretaña.

⁶ Cuando Bullitt clama -¡ahora!-: Stalin quiere conquistar el mundo, sabe sin duda lo que dice. Nadie con más motivo para saberlo. Joven mimado por el presidente Wilson -y más tarde por Roosevelt- fue enviado por aquél a Rusia con una misión informativa. Durante las presidencias de Harding, Coolidge y Hoover

rebato en un libro sugestivo pero no exento de contradicciones y paradojas. Aquella misma afirmación no es cierta, pues por altas que sean las cualidades políticas de Stalin –nunca las del genial mongol que en el siglo XIII creó una política de gran estilo para la conquista del planeta- él no se ha puesto en marcha para la conquista del mundo, es más cierto que lo han puesto en marcha las potencias democráticas. Especialmente Inglaterra y la gran democracia norteamericana en su improvisada jefatura de los negocios mundiales. Sin que faltara en determinado momento la contribución de Alemania. Stalin, a quien yo no niego ni las virtudes que le atribuyen sus áulicos ni los pecados que le achacan sus adversarios, no ha hecho hasta ahora más que repetir -cierto que lo ha hecho con mucha sagacidad- una lección de la que fue Inglaterra maestra en el pasado: aprovechar los descuidos, omisiones o errores de las demás naciones en beneficio de la propia. Un rápido índice de su política exterior iluminará con radiante claridad esta situación. Cuando él asumió la dirección de los negocios públicos de su país la U.R.S.S. había sido ya reconocida *de jure* por Gran Bretaña, Francia e Italia y también por Alemania en el famoso "acuerdo" de Rapallo firmado por Chicherin y el entonces Canciller del Reich Wirth, católico ferviente. El reconocimiento por parte de los Estados Unidos no llegó hasta 1933, y es segura que no fuera ajeno a tan importante paso el citado Embajador Bullitt que lo preparó porfiadamente desde 1920, como profundo conocedor de la política soviética. Rusia al entrar a formar parte de la Comisión preparatoria del Desarme, mirando a la propaganda internacional propone, contra el criterio de las democracias vencedoras, el desarme general. Mientras tanto pone en marcha su primer plan quinquenal que aumenta en un 334 por 100 -que irá siempre creciendo- su producción industrial. El astuto Zar rojo necesita paz y seguridad en el exterior -para ello firma tratados de no agresión con Estonia, Finlandia, Letonia, Polonia y Francia y pone sordina a las actividades del Komintern- y total servidumbre en el interior, para lo que realiza sus famosas "purgas" y suprime a los compañeros "extraviados" de los tiempos heroicos, esto es, a los más destacados comunistas en el ideal y la acción.

Ha logrado el reconocimiento *de jure* por parte de Bélgica, España, Rumania y Checoslovaquia, y en los protocolos relativos a la definición de agresor ha renunciado a toda propaganda en Finlandia, Estados Bálticos, Polonia, Turquía e Italia. Con todo ello Stalin ha roto el cerco capitalista y los tiempos están ya maduros para lograr acceso a la Sociedad de Naciones lo que tanto apetece. Jugando ladinamente el papel que su amo le señala el "buen demócrata Litvinov" gestiona sin prisa, con finura diplomática. De pronto Alemania (es el octubre de 1933) se retira de la Sociedad de Naciones porque ésta ha rechazado su petición de paridad en armamentos. Emoción en las cancillerías. Hitler convoca un plebiscito y unas elecciones para sancionar la retirada; su triunfo es aplastante. Muere Hindenburg y se anula la Constitución de Weimar en una decisión respaldada por 38 millones de alemanes contra cuatro, en el plebiscito del 12 de agosto (1934). Las potencias democráticas apresuran la entrada en Ginebra de la Unión Soviética que logra un triunfo resonante⁷, Con toda solemnidad se ha entregado a Stalin una partida de bautismo democrático y un pasaporte para que pueda circular libremente por la vida internacional.

desarrolló campañas de prensa y dio innumerables conferencias "pro-Rusia" propugnando el reconocimiento diplomático de este país por los Estados Unidos. Cuando al fin llegó el reconocimiento de Rusia, Bullitt fue (17-XI-1933) el primer embajador americano en la U.R.S.S. Fue enviado allí por Roosevelt en atención a su especialidad en temas rusos. Duró su misión hasta 1936, pasando luego a Francia donde también habrá aprendido algo.

⁷ Sólo Suiza e Irlanda hicieron fuerte oposición.

La arena ginebrina le permite una mayor holgura en sus movimientos y también desde allí Stalin mira las cosas con aguda y larga visión. Como Hitler ha señalado en *Mein Kampf* la expansión alemana por tierras del Este, Stalin aprovecha para sí, con este motivo, todos los recursos de los países democráticos que denuncian *urbi et orbi* el rearme alemán, el despotismo racista, el totalitarismo hitleriano, mientras él lleva a cabo su más implacable depuración contra miembros de Administración y Alto Mando del Ejército soviético que comenzada en 1935 no acabaría hasta 1938, y trabaja febrilmente en sus planes quinquenales entre la general alabanza. Cuando las democracias occidentales lo llevan de la mano, entre vítores y aclamaciones, a la tribuna de Ginebra, ya su labor política interior está casi terminada, y en plena marcha la industrialización con finalidad plenamente militar, En verdad que pudo mostrarse satisfecho pues ya no sólo su pueblo le aclamaba como "padrecito" sino que de todas partes le miraban como a un libertador. Los sedentarios de la democracia burguesa sonreían con la miopía de su petulancia, sin ver que no era un convencionalismo más lo que se había creado sino la más positiva realidad de los tiempos que acabaría devorándolos,

Y más tarde ¿qué? Cuando las tropas soviéticas cruzan la frontera finlandesa y los aviones arrojan bombas sobre Helsinki el mundo se estremece, "Esta agresión -escriben en el Vaticano- es una amenaza de soviétización de Europa," Es cierto que ingleses y americanos se indignan; pero todo son palabras, nadie declara la guerra a Rusia, Por Polonia fue esta terrible guerra mundial; porque Alemania invadió su territorio los aliados le declararon la guerra. Pero a la vez que Alemania avanzaba Rusia sobre tierras polacas⁸ y sus ejércitos hacían contacto con los de Hitler en Brest-Litowsk. Rusia había hecho la guerra contra Polonia enteramente igual que Alemania, con la sola diferencia de que la actitud rusa significaba flagrante violación del pacto de "no agresión" todavía vigente. Sin embargo los aliados no declararon la guerra a Rusia. Y ahora, pese a la victoria aliada, aquella Polonia por la que se lanzaron a la guerra Inglaterra y Francia ¿subsiste acaso en su integridad territorial y espiritual?

Ahora todo son reproches y lamentos. Se olvida que una lógica implacable ha sacado de aquellas premisas que ayer se dieron la consecuencia de esta realidad presente tan cargada de ansiedad. Stalin -antes y ahora ha procedido siempre como un gobernante sólo preocupado de los intereses y ambiciones de su patria. ¿O es que nadie tenía derecho a pensar ni a decir que luchaba por la democracia? Grandes son los errores cometidos por todos. (No sólo erramos nosotros, y en esto acertamos.) Para vencer el escrúpulo del pueblo norteamericano se quiso disimular el carácter despótico y cruel de la dictadura soviética, máxima negación de la personalidad y la dignidad humanas; y el poder de la Casa Blanca se empleó en hacer su propaganda. Mr. Joseph E. Davies, antiguo Embajador en la Unión Soviética se aventura a publicar un volumen titulado "Misión en Moscú" y a producir una película con el mismo título, difundiendo en uno y otra la idea de una Rusia paradisíaca, dando una serie de conferencias "para demostrar que la palabra del Gobierno soviético era tan sacrosanta como la Biblia" .

⁸ Un fiscal ruso actuaba en el Tribunal de Nuremberg que condenó a los jefes alemanes también por la agresión a Polonia. ¡Año de 1946!

Ahora ya se proclama que "allí existe una dictadura tan absoluta como cualquier otra que pueda existir en el mundo" (Bullitt). (¿Cuál es o ha podido ser esa otra?) El inmenso error, la catástrofe del resultado, están muy precisamente formulados por Bullitt cuando dice: "Combatimos en la segunda guerra mundial por impedir la dominación de China por el Japón y la de Europa por Alemania y nos enfrentamos actualmente con la posibilidad de que la Unión Soviética domine simultáneamente a China y a Europa."

Elliot Roosevelt, hijo mayor del Presidente americano, y el citado Bullitt por caminos distintos y buscando finalidades políticas distintas -y aun opuestas- convienen en que fue aquel quien, deliberadamente, se negó a exigir contrapartidas a Stalin. "Roosevelt perdió su juego -dice su colaborador Bullitt en amargo comentario- y la apuesta más grande que ningún estadista haya jugado jamás." Y en un golpe de sinceridad añade: "Dios se mostró bondadoso con el Presidente llevándoselo a su santo seno antes de los acontecimientos que se están desarrollando desde la terminación de la guerra."

En realidad Stalin no ha tomado nada, todo se lo han dado, y le han puesto en el camino de la conquista mundial después de haberse prodigado -al hombre y al régimen- los más grandes elogios, desfigurando las cosas y falseando la verdad a fin de hacerlos simpáticos a la conciencia cristiana y democrática del mundo.

Wendell Willkie -el candidato republicano que se enfrentó con Roosevelt en su última reelección- después de haber recorrido todos los frentes de guerra, escribió un libro lleno de sugerencias en el que dice con sobrada razón: Lo que tenemos que saber ganar ahora mientras luchamos son los principios, tenemos que saber cual será la línea de nuestras soluciones... Si no queremos que se repita la desdichada historia de la última guerra, es preciso que lleguemos a un acuerdo sobre los principios... Hemos de enterarnos de lo que piensa Inglaterra... Tenemos que saber cuál es el propósito del pueblo ruso y cuál es el del pueblo chino, y tenemos que saber cuál es el nuestro."

Con textos americanos a la vista piensa cualquiera en la enorme responsabilidad de quienes dieron tan gran salto en el vacío. Por algo Churchill -europeo al fin y a mi juicio con mucho mejor escuela política que Roosevelt -sugería la creación del segundo frente y la invasión de la Europa dominada por Alemania a través de los Balcanes. Es seguro que el proponerlo así el *premier* inglés no sólo pensaba en la ruta mediterránea del Imperio británico sino también en el gravísimo peligro que significaba para Europa la marcha y la conquista soviéticas en el Este y en el Centro. (Es seguro que a Churchill no le faltó en aquel intento el recuerdo del viejo axioma imperial de Disraeli, ni tampoco el de las condiciones que éste impuso a los rusos en el Congreso de Berlín. El *premier* era sin duda fiel a esas tradiciones.) Esto a Roosevelt no le preocupó y a Stalin le preocupó mucho, pero fue para oponerse y evitar a todo trance aquella interferencia occidental en su marcha militar a la inmediata dominación centroeuropea. Churchill tenía razón, pero, por la crisis o la imprevisión inglesa de los últimos años, se había convertido ya en el pariente pobre -¡todo es perecedero en esta vida terrenal!- de la familia anglosajona, forzado a aceptar lo que le dieron en compromiso: la invasión italiana. Al establecer, contra tan fundada opinión, el segundo frente en Francia, Roosevelt entregó a Stalin la llave del futuro destino de Europa. El primer gran tentáculo del imperialismo ruso sobre Europa allí quedó hincado. Y fue así como el pueblo ruso pudo franquear -en pocos meses- las etapas de conquista y hegemonía que no habían logrado recorrer en un siglo ni el Imperio alemán con su gran industria y su cultura superior, ni en dos el Imperio de los zares en su ansia paneslavista.



"Roosevelt entregó a Stalin —escribe Serrano Suñer— la llave del futuro destino de Europa."

Stalin es el genio que ha sabido empujar hacia la meta de su destino mesiánico al pueblo ruso. La U.R.S.S. ha sido y es antes que otra cosa un gran imperialismo, desde su origen o desde tiempos muy inmediatos a él. El marxismo con todos sus resortes místicos y económicos le ha servido para establecer la unidad política en el país que ni los zares supieron crear con autocracia y religión, Contra la incapacidad de la democracia *kerenskiana* triunfó el comunismo ruso en flagrante contradicción con los cánones establecidos por Marx, sin que se dieran ninguna de las condiciones y circunstancias señaladas por él, pues siendo Rusia en los últimos tiempos de los zares el país industrialmente más atrasado de Europa ni siquiera se daba el fenómeno de la concentración obrera. Con una cultura humanística inferior, con una técnica rudimentaria, el pueblo, como inmenso rebaño, pacía en las vastas zonas inarticuladas de Rusia. Fueron dos guerras perdidas –la ruso-japonesa y la primera mundial-, la corrupción y el favoritismo en torno a la mediocridad de los políticos aupados por la Zarina, los factores que permitieron a una minoría audaz y convencida, dirigida por un hombre que sabía lo que quería –Lenin- asaltar el poder, arrollando la anarquía. Pero si Lenin era sincera y fanáticamente un marxista integral bien pronto su realismo, por encima de las utopías, le llevaba por las veredas que le abrían sus pasos de animal revolucionario y su sentido de gobernante. De aquí el ensayo y establecimiento de la nueva economía (*la Nep*) saludada con precipitado optimismo, por el capitalismo occidental, como una rectificación de la trayectoria comunista mientras él la calificaba sólo de salto atrás, para dar luego mejor dos hacia adelante, ya que no renunciaba a su ideal. A su muerte la pugna entre Trotski, el más intelectual y brillante de los hombres de la revolución, y Stalin, el camarada esforzado y oscuro de la minoría, se resuelve a favor de este que implanta la más inflexible dictadura; y se acabó el idealismo, su única finalidad sincera es el poder y la expansión.

En el proceso de lucha por el poder personal y el cambio de signo hacia "el socialismo en un solo país", ha amansado a los viejos luchadores miembros de la "troika" directiva Zinoviev y Kámenev, los primeros en capitular. Luego viene la eliminación de la oposición. Barre a los que le acusan de hacer una "política centrista". Millones de detenidos, deportados y fusilados entran en la cuenta de estas "purgas". Se suprime todo elemento democrático en el partido y se eleva, gigantesco, el poder de la burocracia. De los antiguos "nombres" muy pronto sólo queda el de Lenin convertido en ídolo, pero ídolo muerto. Los comunistas puros, la élite de la revolución, le acusan -ya alejados de Rusia- de oportunista y de haber caído en un nacional-socialismo, traidor al internacionalismo revolucionario. Los que aún guardan un sincero fervor intelectual le tachan de falsificador, pero él los acorralla o encarcela: "Se ha rodeado de un ejército de criados adictos y de paniaguados entusiastas", dice Max Eastman. Es "la hueste innumerable que considera *práctico* callarse aunque todo ande mal." Hacia 1928, estaba ya conseguida la dictadura exclusiva. Empieza para la Revolución roja la era bonapartista. Stalin ha tenido la extraña y paradójica fortuna de poder encarnar sucesivamente a Robespierre y a Napoleón.

A Stalin le importa muy relativamente el comunismo como fin. Se sirve de él como medio para la realización del destino más ambicioso de su pueblo: Hacia fuera él es *el Papa comunista* que logra la asistencia y la ayuda moral de todos los proletarios de la tierra para aumentar su prestigio y su influencia sobre el mundo en servicio de su imperialismo ruso, del que son colaboradores dóciles las quintas columnas de todos los

países que, al sabotear y debilitar el poder de los Estados donde viven y trabajan, aumentan correlativamente el de aquél.

Ortega Gasset lo ha explicado con las mejores palabras: "En Moscú hay una película de ideas europeas -el marxismo- pensadas en Europa en vista de realidades y problemas europeos. Debajo de ella hay un pueblo, no sólo distinto como materia étnica del europeo, sino -lo que importa mucho más- de una edad diferente que la nuestra. Un pueblo aún en fermento; es decir, juvenil. Que el marxismo haya triunfado en Rusia -donde no hay industria-⁹ sería la contradicción mayor que podía sobrevenir al marxismo. Pero no hay tal contradicción porque no hay tal triunfo. Rusia es marxista aproximadamente como eran romanos los tudescos del Sacro Imperio Romano"¹⁰. En realidad Rusia no ha hecho más que salvar una etapa de su propia evolución, camino siempre de su destino nacional tal como está establecido en el decurso de su interpretación histórica. Rusia no fue nunca lo que éramos nosotros los europeos, los occidentales. Lo que hoy dice ser sin serlo, lo que se propone ser -aunque revista formas implacables y tácticas comunistas- no es más que la eterna y constante contraposición del alma eslava al alma latina. El socialismo occidental es al comunismo soviético lo que el catolicismo al *ortodoxismo*: una antítesis, no una variante.

Sin embargo Stalin supo mantener en su provecho el gran engaño ante las masas obreras de todo el mundo. Hay que repetirlo: Si Lenin -el gran ergotista de todo el marxismo occidental (germano)- quiso realizar el destino del mesianismo proletario en armonía con el ruso, y aprovechando la coyuntura del colapso zarista y la inanidad democrática subsiguiente impuso la ruta del soviétismo, a Stalin esto no le interesó más que tácticamente en función de su afán imperialista. Lenin quiso unir los destinos del proletariado ruso con los de la revolución universal. A Stalin esta no le sirve más que para servir su ambición rusa. No obstante es justo decir que Lenin piensa también en cuanto ruso como Pedro el Grande y Stalin lleva a sus últimas consecuencias su fidelidad rusa¹¹. Por esto en el interior acalló con la muerte, con la "depuración", a todos los ideólogos y fanáticos del marxismo impartiendo a éste la dirección que convenía a su política internacional, y mantuvo en el exterior con su prédica constante de la liberación proletaria la ilusión de las masas. Su victoria en la guerra mundial le ha consolidado y las ganancias que ha conquistado juntamente con las que arrancó a sus aliados en las horas de apuro, cuando la catástrofe amenazaba, le convierten en un gigante que cabalga sobre Europa y Asia, con su falso mesianismo redentor, hacia la meta imperialista más ambiciosa. La idea ancestral de dominación que late en el alma rusa -nacionalista y ortodoxa- sólo espera la siguiente decisión del zar rojo para su avance sobre occidente.

⁹ No la había cuando Ortega escribía y en el tiempo del estallido revolucionario a que me estoy refiriendo. Ahora es otra cosa.

¹⁰ "La rebelión de las masas", novena edición. Revista de Occidente, pág. 163.

¹¹ Del Testamento de Pedro el Grande son estas palabras: "Es conveniente no perder de vista que el comercio con la India implica el comercio mundial y aquel que se haga dueño exclusivo de él será el dueño de Europa, No hay que desperdiciar ninguna ocasión para maquinarse guerras con Persia (el actual Irán) hasta lograr su caída, y en seguida marchar hacia el Golfo Pérsico e intentar así tomar de nuevo el antiguo comercio de Levante a través de Siria" (art. 8°).

Catalina II la Grande pensó invadir la India y mandó preparar los planes para la campaña.

Los soviets han seguido el testamento y la política exterior zarista y de ahí su política en el Turkeistán chino y especialmente en el Irán y el Irak. Su pensamiento político está resumido en esta gran frase de Lenin: "Volvamos la mirada hacia el Asia, pues hay que dominar Europa por medio del Oriente."

Esta es la situación de esta hora crepuscular del mundo por no haber aquilatado bastante, en aquella otra crucial de la decisión de la guerra, las virtudes y los vicios de las dos grandes dictaduras en colisión, ni cual de las dos fuera menos mala para la humanidad. Después de dos guerras ruinosas los Estados más fuertes y más ricos del mundo -con fuerza ¡hoy! todavía superior a la Unión Soviética- confiesan su impotencia para organizar la paz prometida. ¿Será que efectivamente ha llegado el fin de una edad? Así será, efectivamente, si frente a este nuevo poder -con o sin bombas atómicas- el mundo occidental no tiene nada que decir. La muerte de Stalin puede cambiar el curso de la Historia porque es muy difícil improvisar en ningún sucesor el complejo de circunstancias que hicieron posible el *caso político Stalin*. Es normal que a su muerte, pese a las "eliminaciones", con tan implacable método practicadas, florezca la semilla revolucionaria de los grupos primeros y auténticos que otra vez pugnarán por imponerse volviendo por los afanes de los "depurados", los primeros y más valiosos hombres de la revolución comunista. Frente a ellos la oposición de un puro imperialismo de los mariscales vencedores en la guerra mayor de la Historia parece inevitable. Recuerdo la enorme impresión que me produjo ver en Suiza una proyección del documental cinematográfico ruso en las ceremonias de la Victoria. La imitación del "ritual" y la propaganda germanonazi eran patentes. Había ese punto de mayor dramatismo y amenaza que siempre han tenido las exhibiciones soviéticas. Caían, una tras otra, ante las legiones interminables del desfile, las banderas alemanas derrotadas. Zukov, el mariscal vencedor, pronunciaba su discurso que tenía un vivo acento de emoción y de orgullo al pasar lista a las grandes victorias ganadas por Rusia; pero su voz parecía fría y menos sincera al cantar las glorias y el genio militar del zar rojo y de la revolución. (¿Esta observación de un matiz, tendrá realmente algún alcance?) .

La desaparición de Stalin es casi seguro que despeje la gran amenaza mundial. Pero mientras el conserve con la vida su inmenso poder, o si después de su muerte saben unos y otros conservar la unidad, la amenaza subsistirá y un nuevo imperialismo -asiático, cismático- sustituirá al británico primero y al americano después arrollando esta vieja civilización.

Vencer en una guerra gigantesca sin tener luego algo que decir a las gentes es poca cosa. La crisis que siguió a la otra guerra se hubiera superado, si los que consolidaron con la victoria su hegemonía hubieran llevado un mensaje de salud a los que en ellos confiaban y esperaban, haciendo una revisión a fondo de su sistema político, dándole una vertebración más jerárquica y coercitiva y un reajuste económico sobre bases más universales de mayor justicia. Desgraciadamente ni Francia ni la Gran Bretaña supieron que decir y se refugiaron en el disfrute egoísta de sus riquezas, abandonando a los demás pueblos al azar de sus evoluciones y sus anárquicos impulsos. Después de esta guerra la situación es todavía peor. Ni siquiera ha podido firmarse la paz y se ha arrebatado ya a todos los pueblos sus esperanzas. Después del trato recibido por Italia que facilitó la derrota alemana, del que se ha dado a Grecia pese a su conducta en toda la guerra, de lo que ha sucedido a Polonia, a su masa nacional y a sus soldados que han luchado en todos los frentes, del trato injusto que se da a otras naciones de nuestra vieja cultura que han defendido su razón y su derecho (la misma España), los pueblos han de

preguntarse si merece la pena coger las armas para luchar en una nueva guerra. Cuando se habla de una acción enérgica contra el alud asiático que se nos viene encima ¿qué sentido tiene toda esa pequeñez, esos reproches y sanciones a España por haber seguido durante la guerra la única política posible y conveniente? El mismo aplastamiento de Alemania es, en este sentido, frente a Asia, algo muy parecido a un suicidio por parte de Europa que quema así -sacrificándolo a los egoísmos particulares- el baluarte más necesario para su defensa,

Sin embargo esta vieja cultura no ha de morir; todos los que integramos esta comunidad católico-occidental cuya civilización nutre la mejor parte del globo, tenemos el deber de aprestarnos a su defensa, de salvarla a toda costa, Para esta empresa es preciso el esfuerzo de todos, elevado por encima de las pequeñas cosas, Las grandes democracias han de comprender que no pueden mover profundamente a los pueblos si sólo los convocan para ayudar sus intereses particulares, Frente al imperialismo eslavo puesto en marcha sólo se puede oponer la fuerza de una ilusión en una gran empresa general. Si a la gran amenaza mundial no tenemos otra cosa que oponer que nuestras querellas y esta moral podrida del "estraperlo", la corrupción general, la insinceridad política y el egoísmo, las vaciedades y mentiras de la propaganda (dicho sea todo esto sin ninguna excepción) pereceremos, y el imperio ruso será un destino que habremos merecido.

Se preconiza ahora la constitución de la unidad política de Europa, de los Estados Unidos de Europa, vieja idea cristiana remozada con tinte democrático. Formulada con patetismo, por un viejo "leader" –Churchill- con el calor de su inmensa humanidad, no podemos ocultar nuestra simpatía y a la vez nuestra desconfianza ante la infinita vaguedad de los resortes que para ello se cree poder tocar; porque son resortes inermes y retóricos. ¿No late en el fondo de esa propuesta de hoy algo muy sutilmente parecido a un arrepentimiento, nobilísimo desde luego? Algunos creíamos antes de ahora en esa necesidad y pensamos que esa era la idea de Hitler y si no su idea su "fatalidad". Y pensamos que en esto Hitler, como europeo, tenía razón. Era el viejo sueño legado de Roma. La casi realidad medieval del Sacro Imperio; un poco lo más noble de la locura napoleónica hundida, ya casi, la idea de cristiandad. Ahora rebrota. ¿Será la cobertura democrática su mejor expresión y aun su expresión posible? ¿Será el acuerdo general quien haga el milagro? ¡Ojalá! Yo no lo creo, sin embargo, porque todavía me atrevo a pensar y a decir que estos son milagros de héroes. Quede en esta hora *antiheroica* consignada la duda, aun siendo la duda tan desalentadora.¹²

Inglaterra y América constituyen hoy los pueblos fuertes de nuestra vieja cultura romana, a ellos corresponde marchar en cabeza y nosotros -contemplando la altura de los graves intereses que están en juego- hemos de considerar subordinados los intereses nuestros por legítimos que sean. Se trata de nuestra cultura y de nuestra creencia. La amenaza no es sólo la Rusia comunista sino también el imperialismo de un pueblo oriental, el más occidental de los pueblos de Oriente en frase de Kipling; un pueblo

¹² Algunos escritos míos de fecha aún reciente acreditan que he vuelto sobre aquel pensamiento; sobre las alternativas y dudas en relación con la manera de realizar la necesaria creación de los Estados Unidos de Europa, pues entiendo que son los pueblos y no sus mandarines los que pueden hacer sólida esa unidad. Poco tiempo después de la catástrofe que aquellos nacionalismos imperialistas -unos y otros- desencadenaron sobre Europa, el General De Gaulle quiso hacer sonar otra vez los clarines de "la gloire" y "la grandeur" particulares con lo que vino a frenar el proceso de formación de una nueva Europa políticamente unida cuando ello era urgentemente necesario y la ocasión propicia. No es raro por ello que el historiador ruso Moltchanov le considere como el más profundo y lucido de los políticos de Occidente

cismático, disidente, eslavo, antilatino, con sólo filtraciones occidentales. En Rusia no ha prendido el catolicismo por su latinidad. El cristianismo ruso entró en la historia como antagónico del cristianismo occidental. Su particularismo religioso triunfa del universalismo cristiano. Se trata de la eterna y constante contraposición del alma eslava a la latina. No sólo el comunismo es la "anti-Europa", lo es también el imperialismo eslavo.

La salud de esta vieja Europa ensangrentada depende hoy muy directamente de la salud de los pueblos de otro continente, filial pero alejado. De la buena salud americana se puede esperar mucho, pero no podemos fiarlo todo a ella. Una comprensión perfecta de los asuntos de Europa por parte de América parece todavía improbable, la experiencia *rooseveltiana* lo demuestra. Y tanto como exponer su propia vida en defensa de la nuestra no es normal esperarlo, mientras su propia e inmediata seguridad no se ponga en peligro. América -si Dios ilumina a sus hombres- ayudará a Europa, algo la está ayudando ya. Pero la tarea de hacer Europa, es cuestión de los europeos. Si al cabo -los europeos- saben deponer sus rencillas, sus agravios y suspicacias para crear una efectiva y común ciudadanía europea. Si dan a luz, como hicieron siempre, la fórmula precisa que nuestro tiempo viene reclamando con apremiante angustia. Si -en último término saben a tiempo recoger y ordenar los restos de un viejísimo poder aun no del todo extinguido. Si todo eso ocurre es todavía posible que la aurora se encienda nuevamente sobre este trozo del planeta que -pese a todo- es aún portador de la única obra madura del espíritu que el mundo ha logrado hasta ahora.

Por el contrario, si la dispersión continua y sigue adelante el hipócrita- y a la par fanático- juego de palabras de nuestros días, si ni la idea ni la acción aciertan con un camino de novedad y de comprensión, de auténtica, verdadera y noble ambición, entonces, es más que probable que la noche, la larga noche de la barbarie con catacumbas para los restos de la cristiandad, se esté cerrando delante de nosotros. Yo quisiera alejar esta visión tan sombría, pesimista y desesperanzada del mañana. Pese a todo, como se cree en la propia sangre incluso contra toda razón, a vida o a muerte, quiero tener fe y esperanza en Europa que no es la democracia, que no es el fascismo, que no es esto ni aquello, sino algo más viejo, más hondo y más valioso. Quiero tener fe en Europa y en su salvación.



"Pese a todo, como se cree en la propia sangre incluso contra toda razón, a vida o a muerte, quiero tener fe y esperanza en Europa que no es la democracia, que no es el fascismo, que no es esto ni aquello, sino algo más viejo, más hondo y más valioso. Quiero tener fe en Europa y en su salvación." (Serrano Suñer.)